



SOYEZ a la mode, écrivez à l'encre de Chine» dice, en su escaparate, un humorista papelerero del barrio latino de París. No les falta más a los franceses que escribir con tinta china. En los restaurantes se puede encontrar el pato laqueado como el que se ofrece en el que todavía se llama «Suprema esencia de las virtudes», cerca del que fue Palacio Imperial en Pekín. Hay conservas chinas en los «prisonie» de cada barrio. Los modistas preparan la línea que aún no se sabe si se llamará «pagoda» o «dragón»; los «visagistas» alargan y almendran los delicados ojos de las damas. Los periódicos populares explican bien cómo

es China: y ahora resulta que es simpática, alegre, menos amarilla de lo que se creía. Lucie Faure, directora de la revista algo intelectual «La Nef», ha dedicado varias páginas de «France Soir» a contar sus impresiones de China: impresiones privilegiadas, por cierto, porque la dama Faure es la esposa del antiguo presidente del Consejo Edgar Faure y acompañó a su marido en la misión exploratoria que hizo en nombre personal de De Gaulle y que condujo a la reanudación de relaciones entre los dos países. Todo el mundo escribe su libro de China, y hasta se ha reeditado, para los viejos gruñones inconformistas, el clásico de Spengler «La decadencia

de Occidente», que estaba relegado a los estantes del olvido de las bibliotecas, pero que es el libro —racista— donde por primera vez se habla del peligro amarillo. Todo francés se siente un poco chino. Con la esperanza de que los chinos se sientan un poco franceses. ¡Qué decepción, cuando el ministro plenipotenciario que China envió dijo que no sabía hablar francés! En efecto, el segundo idioma de China sigue siendo el inglés; no sólo porque la inglesa fue la colonización que más penetró en el país, sino porque los chinos creen —otra decepción para Francia— que es el mejor idioma para entrar en contacto con la técnica moderna. De todas for- **SIGUE**

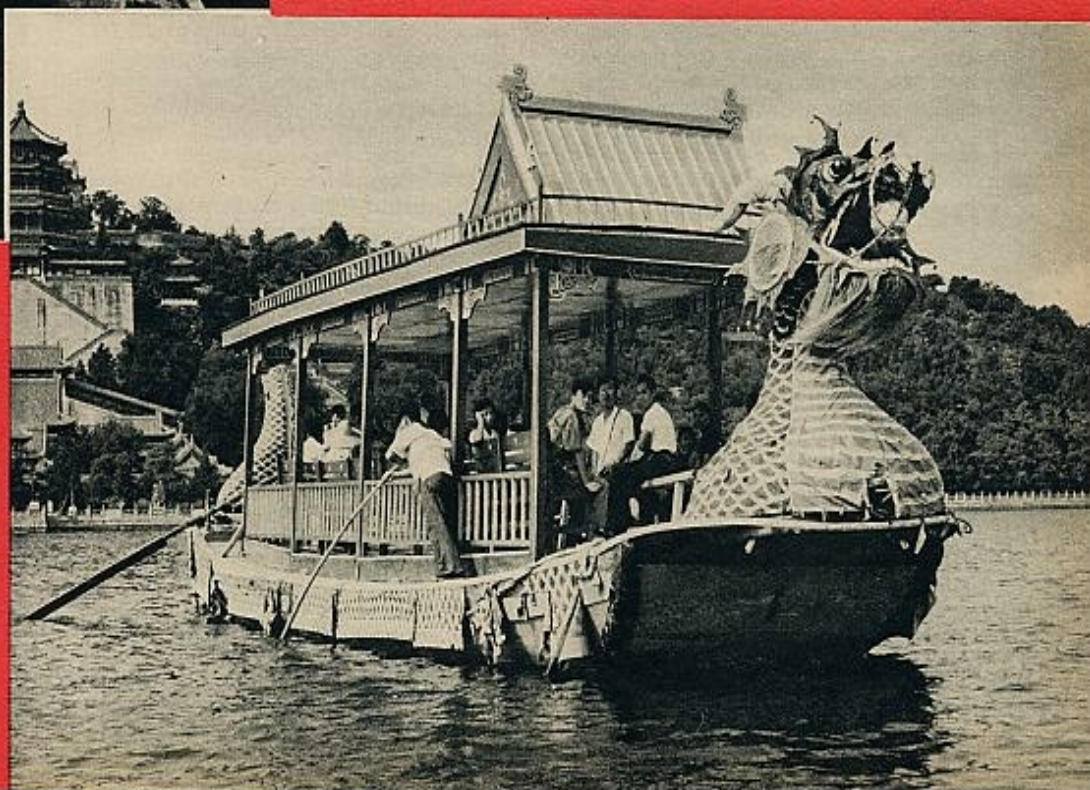
CHINA

SIGLO CERO

Por **JUAN ALDEBARAN**

China ha cambiado. Los jóvenes vuelven la espalda a las creencias de sus antepasados. El budismo no parece contar con el favor de las nuevas generaciones, que tienen en las viejas imágenes un motivo de diversión. Abajo, un lago cerca de Pekín, adonde acuden sus habitantes a remar y a bañarse.

**ANTES DE
DIEZ AÑOS,
MIL
MILLONES DE
HABITANTES**



如何保持軋輥表面光滑

CHINA



Dos escenas de la gran transformación china. Sobre estas líneas, una imagen recogida durante una clase preparatoria de nuevos técnicos y especialistas. Millones de jóvenes estudian en centros repartidos por todo el país. Abajo, una de las múltiples factorías siderúrgicas existentes en China en pleno funcionamiento.

mas, parece que el nuevo embajador —no nuevo: el primer embajador de la República democrática de China en Francia— sabe francés, si es que resulta nombrado quien se cree: el actual embajador en Varsovia, diplomático de primer orden que ha llevado en la capital polaca no sólo conversaciones con el embajador de Francia, sino las relaciones con los Estados Unidos a través del embajador norteamericano.

la leyenda rota

Toda esta ingenuidad, todo este papanatismo francés por lo chino, tiene más importancia de la que se cree. Francia sigue teniendo la clave de la propaganda en Europa: lo que ocurre en París impregna al mundo. Desde que De Gaulle ha reconocido a China, China existe. Desde que la han adoptado los franceses, China ha dejado de ser la inmensa y misteriosa quinta parte del mundo, dominada por bandidos crueles y refinados, poblada por una inmensa masa amarilla despersonalizada y hambrienta de la que podían salvarse algunos «chinitos buenos» polarizados en torno a las misiones. En unos meses, todo se ha venido abajo. ¡Cuántos siglos y cuántos esfuerzos de propaganda, directa e indirecta, había costado levantar la imagen del «mal chino»!

Desde el venerable «Times», de Londres, patrocinando la Guerra del Opio y la Guerra del Té, hasta Samuel Bronston —total, hace unos meses— con sus «55 días en Pekín», monumento al colonialismo, con su final conmovedor: las tropas de las naciones imperialistas, correctas, bien uniformadas, formadas por bellos y apuestos soldados que desfilan al son de alegres marchas militares... (¿Quieren ustedes saber, de verdad, cómo debían terminar los «55 días»? Lean ustedes la «Historia general de China», publicada en Pekín por Tsien Po-tsan, Chao Siung-tchen y Hou Hua, en 1958, y encontrarán este párrafo: «Las fuerzas aliadas de los imperialistas, apoyándose sobre la superioridad de sus armas, se entregaron frenéticamente a las matanzas e incendiaron frecuentemente, a lo largo de su marcha, pueblos enteros donde mataban sin dudar millares de civiles. Así entraron como una banda de salteadores en la capital, en agosto de 1900, y saquearon la ciudad entera de Pekín, cuyas riquezas se convirtieron en su botín de guerra. Incendio, saqueo, asesinato y violaciones, todas las atrocidades a las que se entregaron en las ciudades y los pueblos... este ejército de invasores extranjeros ha sido raramente igualado en la historia». Claro, dirán ustedes, que esto ha sido escrito por chinos, por chinos comunistas y, por lo tanto, antimperialistas. Pueden no

SE DICE QUE MAO PO

creérselo. Quizá prefieran ustedes la versión de un inglés, Kenneth Scott Lattourette, que publicó en Londres (1954: cuatro años antes de la publicación antes citada) una «History of Modern China». El inglés decía así: «Para suprimir el movimiento «boxers», acudiendo en socorro de sus compatriotas, las tropas extranjeras en muchos lugares se mostraron tan brutales como los «boxers». Una gran parte de Pekín fue saqueada, millares de sus habitantes se suicidaron o fueron asesinados». Claro que, en la historia, siempre hay donde elegir. El «Times» del 27 de agosto de 1900, relatando la toma de Pekín por las fuerzas de las ocho naciones que había ocurrido unos días antes, escribía en un editorial: «Es agradable retirarse por un momento de la contemplación de la crueldad y de la corrupción



DRÍA MOVILIZAR SIN ESFUERZO 200 MILLONES DE COMBATIENTES

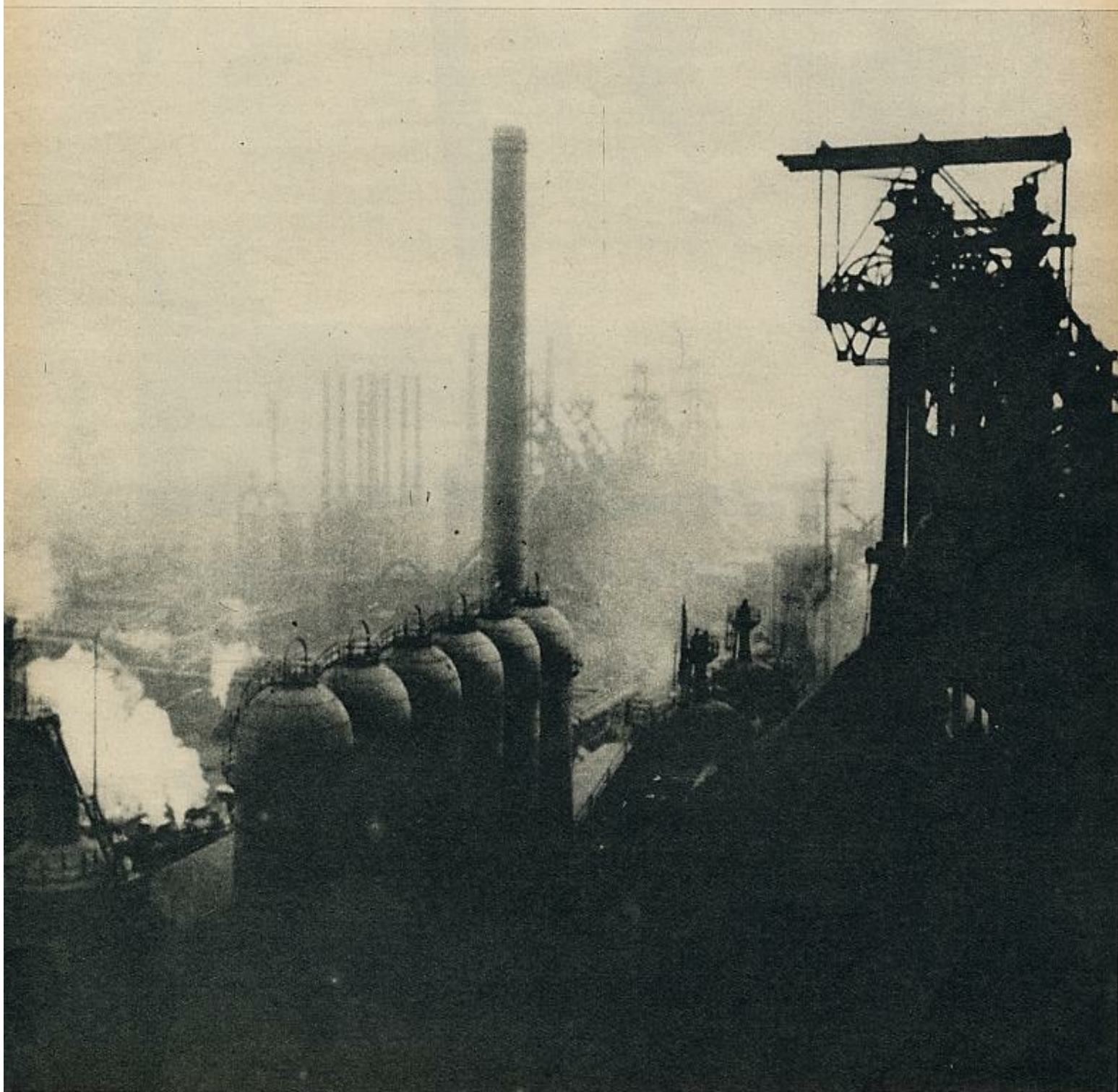
de los chinos y volver la mirada a la cortesía y la caballerosidad occidentales»). Entre estas dos extremos históricos, toda una máquina de fabricar chinos malos ha ido impregnando los cerebros occidentales: los mayores se acordarán de Ernesto Vilches interpretando «Wu Li-chang»; los más jóvenes, de Clark Gable sufriendo martirios en «Mares de China»; una generación más allá verá a Orson Welles en «La dama de Shanghai». En cientos de películas olvidadas (pero con una doctrina invisible que no se olvida) hemos visto chinos abriendo trampas, afilándose las uñas, clavando puñales por la espalda, mezclando venenos, persiguiendo por largos y horrosos pasillos a la rubia americana, casta y un poco tontona; hipnotizando, drogando, tocando gongos que producían satánicos efectos... En me-

dio de todo, la dulce y sosa Pearl Buck escribiendo sus novelas que eran un poco *La cabaña del Tío Tom* aplicada a ciertos chinos...

Y ahora, en unos meses, toda aquella larga campaña ha sido arruinada por los franceses, que presentan un reverso sonrosado. Chinos cazando moscas y ratas como locos para evitar la propagación de las enfermedades, chinos haciendo gimnasia por las mañanas para ser saludables, chinos limpios, honestos, trabajadores, buenos gastronómicos. El gran asombro francés está expresado en la frase de un periodista un poco memo: «Finalmente, son como nosotros». Es decir: van en tranvía, compran en los grandes almacenes, estudian en las Universidades, las parejas sueñan en los parques a la luz de la luna, tienen niños, sonríen... Claro está que entre los

chinos de las películas de Ana May Wong y Warner Oland y los chinos que son como los franceses, sólo que algo amarillos, hay un abismo, y en ninguno de los dos extremos está la verdad. Aunque más se aproxima a este último extremo.

Recuerdo ahora una escena en El Cairo que me hace pensar que el periodista francés no es tan memo al hacer ver a sus compatriotas que los chinos son «como nosotros». En el Hotel Continental había una numerosa delegación de chinos, vestidos con sus austeras y elegantes guerreras azules. Había también turistas norteamericanos. Una noche entraron varios chinos en el comedor, y una anciana turista de los Estados Unidos recién llegada, dio un repingo impresionante. Se acercó a mi mesa y me **SIGUE**





ethernit buena camisa para el buen tiempo

Las virtudes de la camisa **ethernit** son ya bien conocidas. Miles de amas de casa saben por su propia experiencia que **ethernit** se ensucia menos, se lava mejor y no hay que plancharla • Su tejido especial y su fibra poliamídica ofrecen grandes ventajas en verano, por su gran porosidad • **ethernit** se presenta ahora también en elegantes y alegres colores y dibujos.



ethernit®

La camisa para hombres...
que comprarán las mujeres!

ethernit®



CAMISA HOMOLOGADA BAJO NORMAS INTERNACIONALES POR SERVICIO EUROPEO ethernit



Reina entre los campesinos un clima de exigencia, porque la pérdida de una cosecha supone un desastre de enormes proporciones. Poco a poco se van poniendo en práctica, en las extensas zonas agrícolas del país, los nuevos planes de cultivo. En la foto, un avión en plena tarea de fumigación para combatir las plagas.

PEKIN HA ROTO ENTERAMENTE CON SU PASADO Y LUCHA POR COMENZAR UNA NUEVA ERA

preguntó: «¿Son realmente chinos?» «Realmente.» «Pero, —insistió—, ¿chinos comunistas?» «Sí, señora: chinos comunistas.» Quedó un momento sin habla. Después dijo, lentamente: «Es la primera vez que veo comunistas en mi vida.» «Viajar —le dije— siempre ilustra.» Y finalmente añadió, como para sí misma: «Lo curioso es que son como nosotros.» «Es posible —terminé— que se hayan dejado los cuernos y el rabo en el guardarropa...»

son muchos: pronto, mil millones

Creo que, para entender la realidad china, hay que partir de dos bases esenciales. La primera es que son como los franceses, sólo que todo lo contrario. La segunda, que son muchos. Empecemos por esta última.

Siempre que se habla de China se hace un recuento de sus habitantes. Este es un lugar común plenamente justificado. China tiene hoy setecientos millones de habitantes, repartidos en diez millones y medio de kilómetros cuadrados. En 1950 había 480 millones de chinos; en 1960

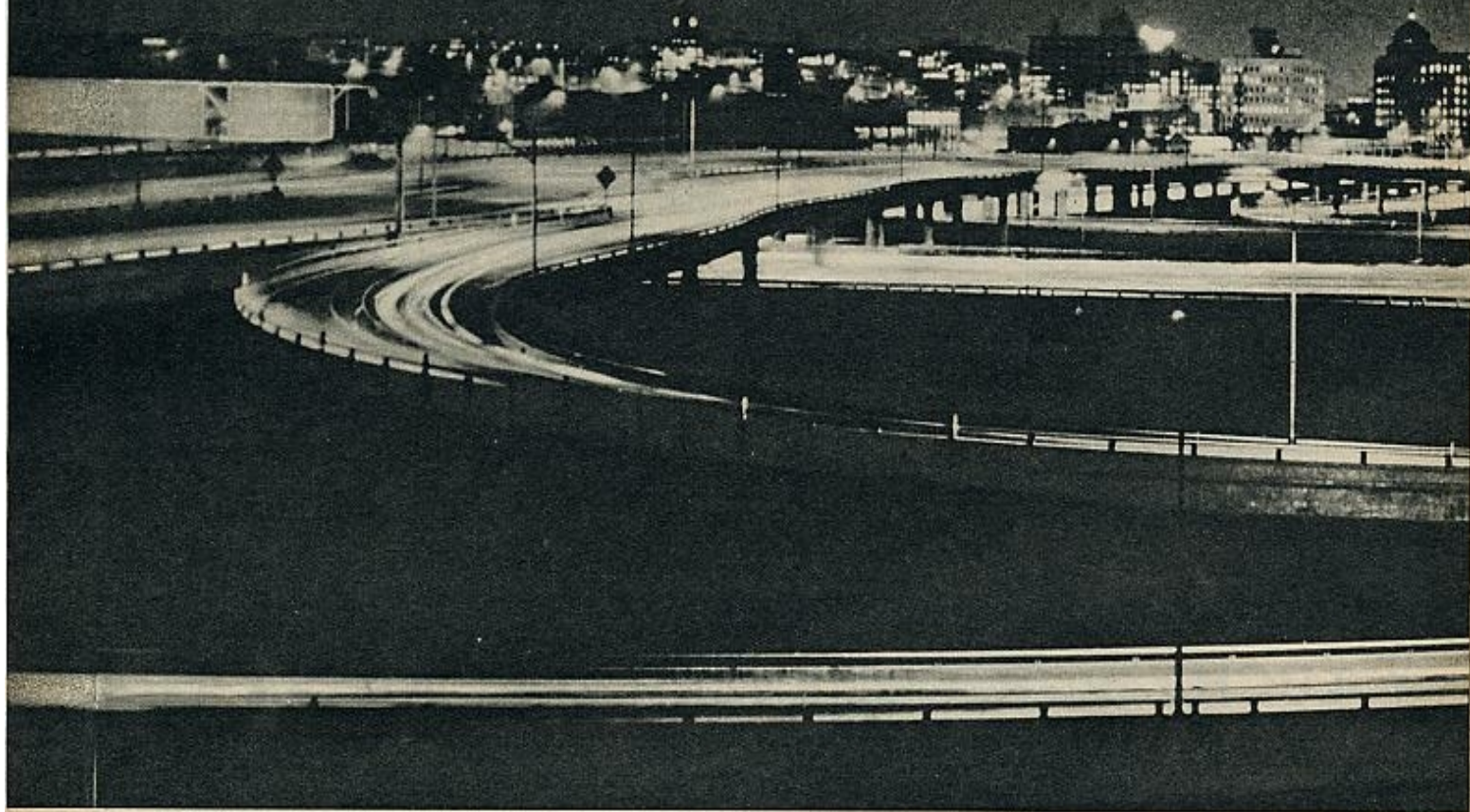
había setecientos millones. La población crece al ritmo de 2,3 por ciento, que es una de las tasas de crecimiento más altas del mundo (en España, 0,8 por ciento; en Estados Unidos, 1,7). Se calcula que antes de que pasen diez años habrá mil millones de chinos. Durante un tiempo, los chinos creyeron que esta demografía y esta densidad de población (72,5 habitantes por kilómetro cuadrado; en España, 58) iba a ser perjudicial para su desarrollo económico y lanzaron una gigantesca campaña antidemográfica para el control de nacimientos basada en cuatro puntos: contraceptivos, matrimonios tardíos, abortos legales y esterilización voluntaria. Todo el inmenso país se cubrió de cartelones de propaganda: se dieron conferencias en fábricas, talleres y comunidades agrarias, se proyectaron documentales cinematográficos. De la noche a la mañana la campaña cesó, se borró totalmente. Los dirigentes de China habían advertido que su gran fuerza está en su población. Se atribuye a Mao la idea de que el exceso de población es la única posibilidad del hormiguero chino de defenderse de la bomba atómica. Suponiendo que un ataque de gran envergadura, con bombas

de hidrógeno, destruyera la mitad de la población de China, aún quedarían 350 millones de chinos, aún constituirían el segundo país del mundo en número de habitantes (el primero, en ese caso, sería la India). Es posible que esta idea sea un poco truculenta, y que haya una realidad más profunda: la escasa industrialización del país, la falta de medios modernos en la agricultura, hacen que la mano de obra abundante y barata sea y siga siendo una necesidad para la construcción del país. Hay también una teoría demográfica indiscutible: la selección de «primeras figuras» —técnicos, intelectuales, o lo que sea— es más fácil dentro de una gran población que dentro de una población escasa. El hecho es que China detuvo su control de nacimientos y que se aproxima al millar de millones de ciudadanos.

el mayor ejército del mundo

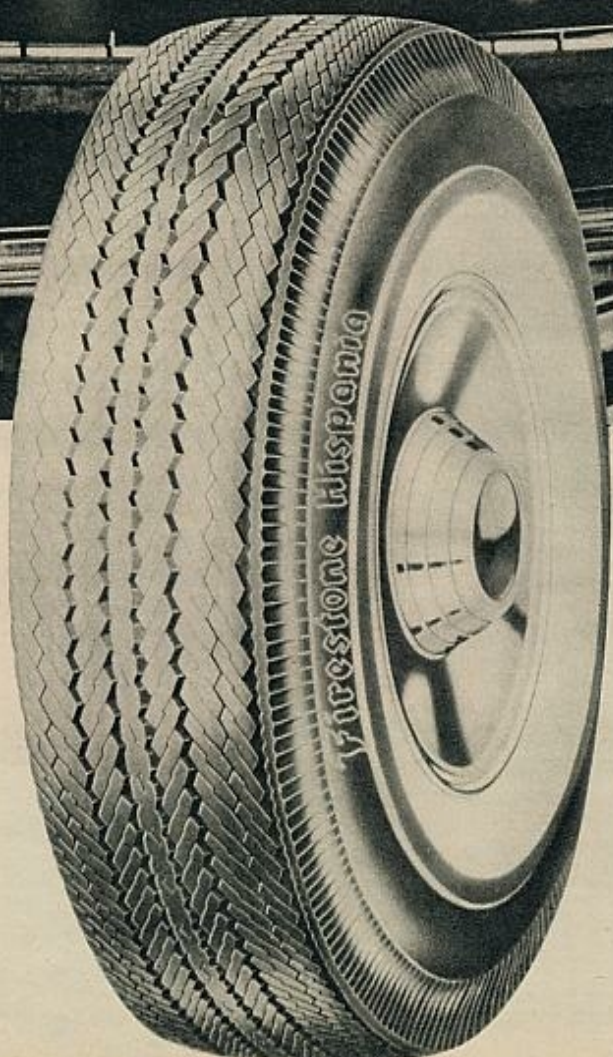
Estos ciudadanos viven en un país que tiene frontera con otros doce. Es lógico, es un hecho de historia natural que un país gi- **SIGUE**

Fines



Su Símbolo de
Calidad y Servicio

Stone



Supreme RS. Rodamiento de Seguridad

Ninguna parte de su automóvil ha sido probada más a conciencia que los neumáticos Firestone...

Millones de kilómetros en recorridos de pruebas a alta velocidad sostenida, respaldan la seguridad, el confort y el rendimiento de los neumáticos Firestone.

En los cinco continentes, el prestigio de esta Marca crea más y más clientes satisfechos. Si usted es uno de ellos... usted sabe lo que hace cuando prefiere neumáticos Firestone.

U. R. S. S.

MONGOLIA

AFGANISTAN

PAKISTAN

MONGOLIA INTERIOR

PEKIN

CHINA

SIAN

WUHAN

NEPAL

CHENG TU
CHUNG KING

SIKKIM

BUTAN

INDIA

INDIA

PAKISTAN

BIRMANIA

VIETNAM NORTE

CANTO

MACAO

VIC HO

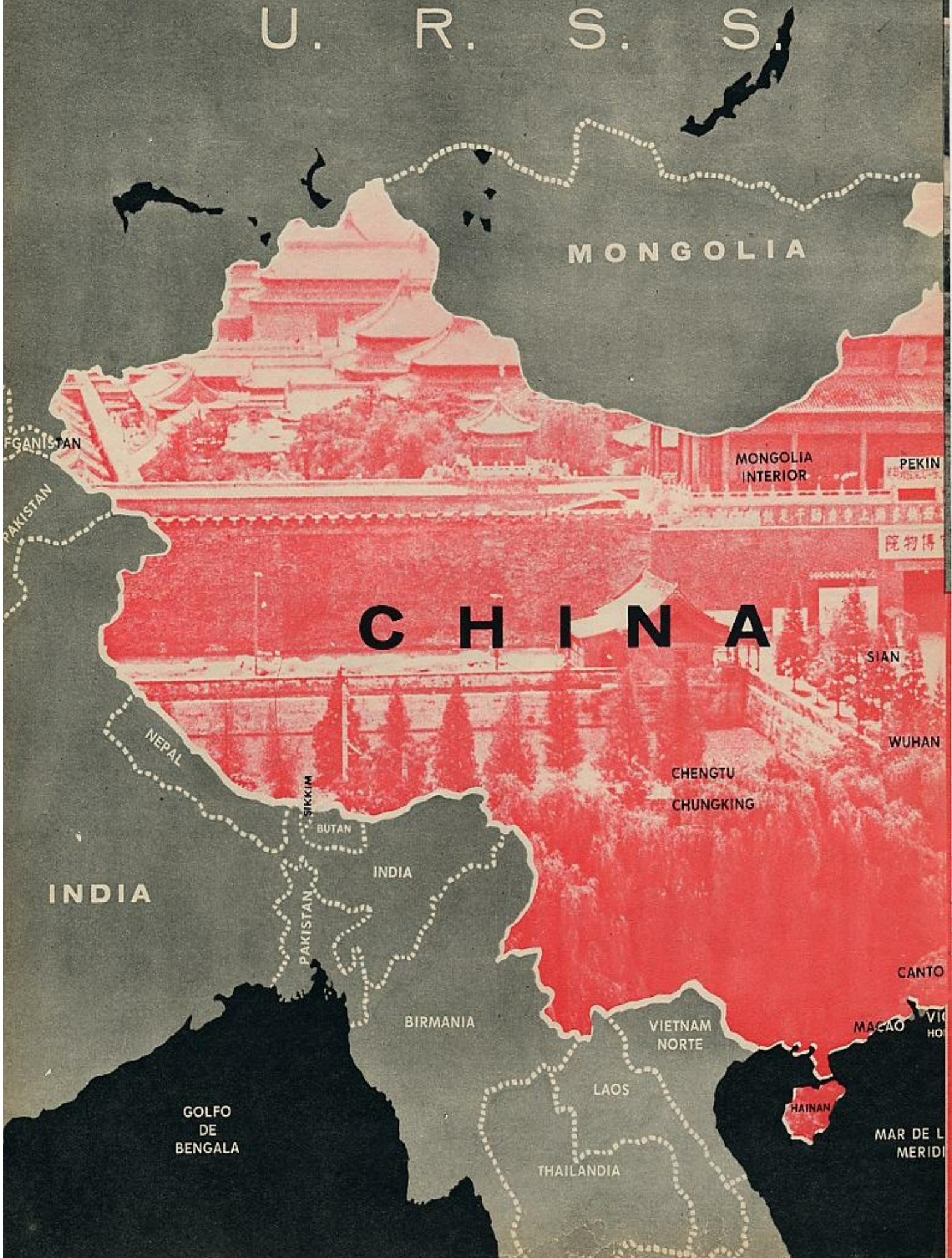
GOLFO DE BENGALA

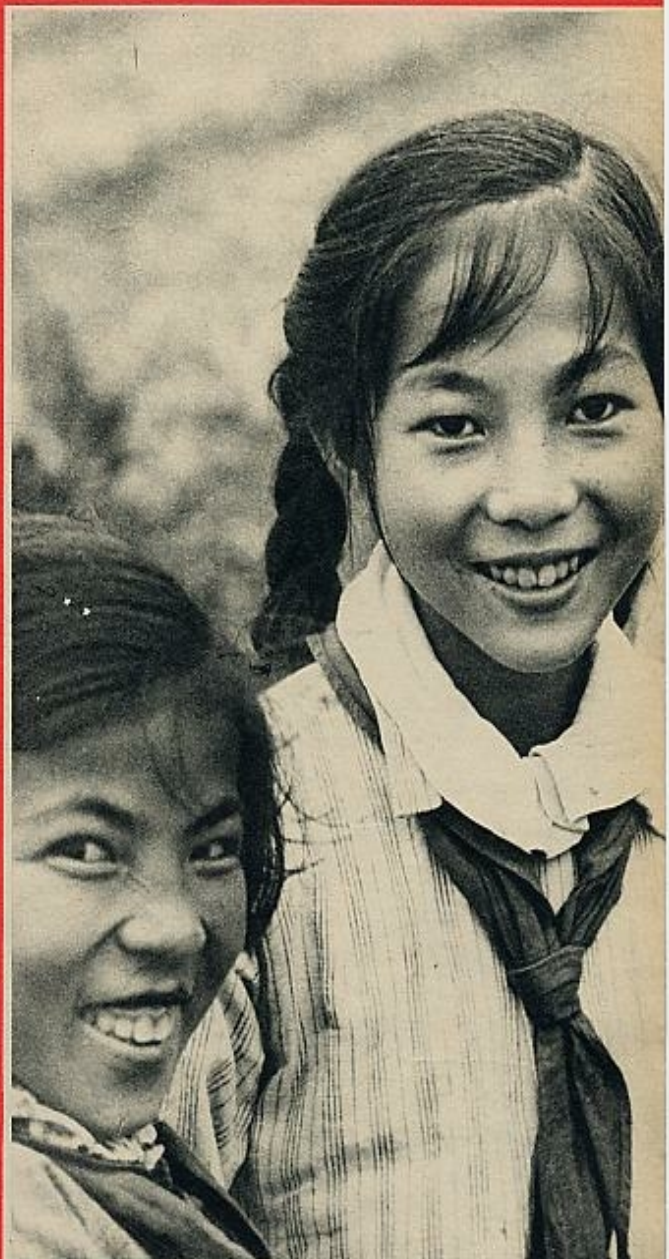
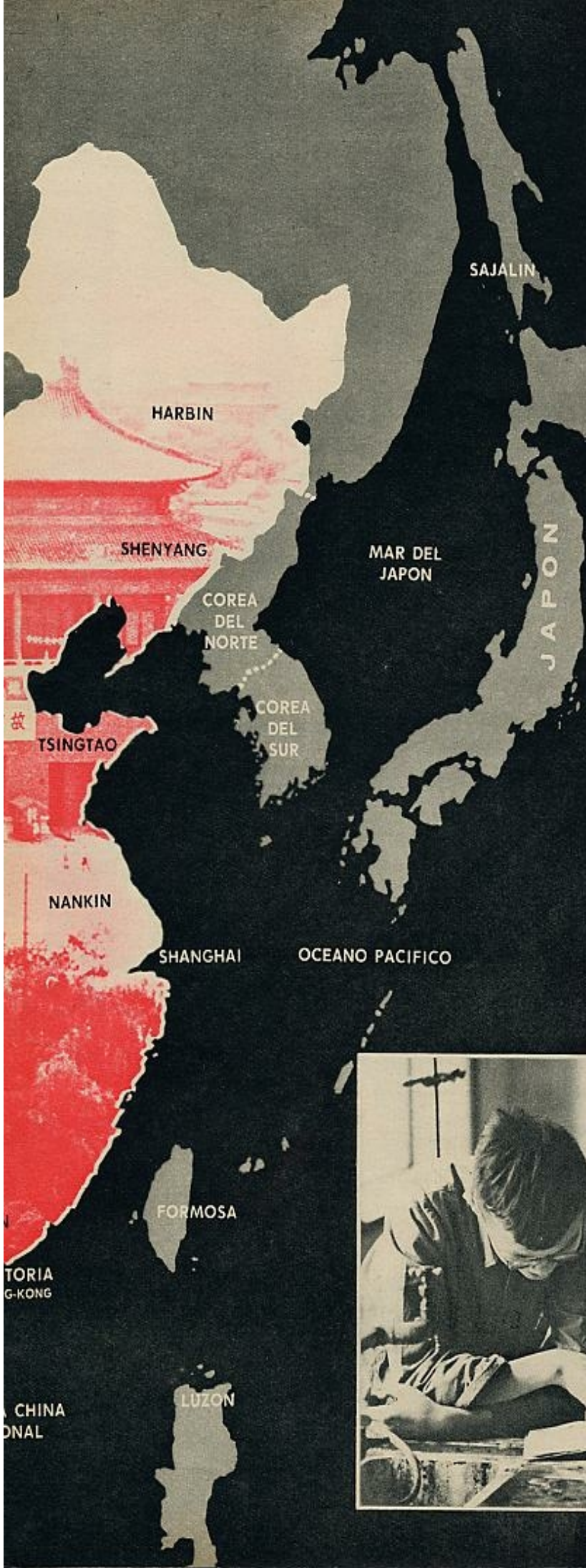
LAOS

HAINAN

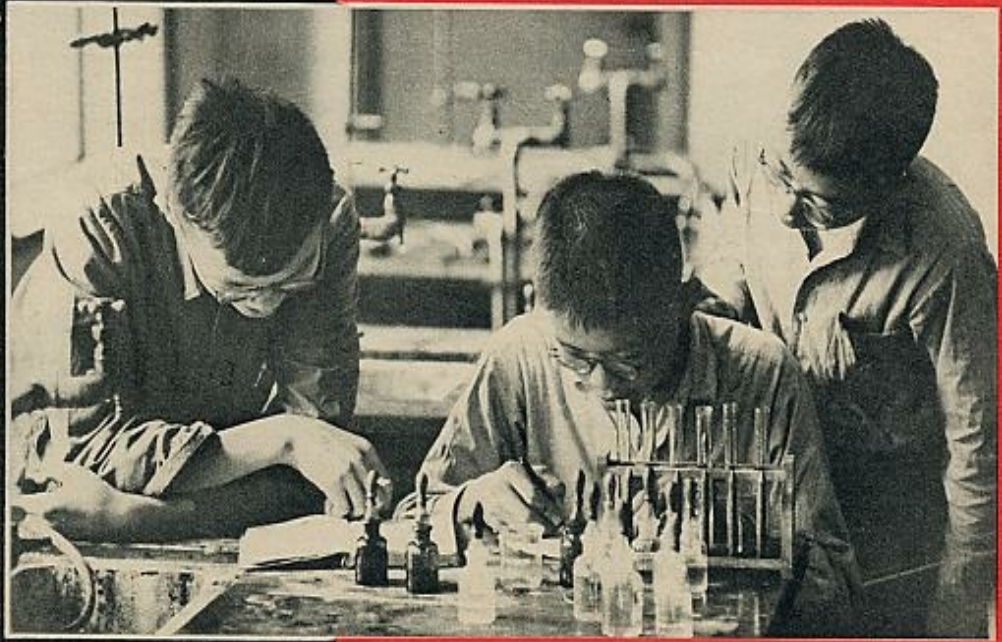
MAR DE L MERIDI

THAILANDIA





Sobre el mapa del inmenso país, los tejados de la antigua «ciudad prohibida» de la dinastía manchú. Hoy, la nueva China, cerca ya de los mil millones de habitantes, ha roto definitivamente con su pasado y selecciona febrilmente a sus «primeras figuras», sus técnicos, sus intelectuales...



CHINA

同乐

电影院

布阿可里門

存單處

El Pekín moderno. La imagen ha sido recogida en un barrio típico. Hay ahora un medio de locomoción individual —la bicicleta— y el resto del transporte es colectivo, por medio de tranvías y autobuses. Pekín ha experimentado, en esta nueva era histórica, una transformación radical en su vida de gran ciudad.

Nueve países comunistas apoyan a la U.R.S.S. y tres a la República China en su disputa ideológica

gantesco y progresivo ejerza una acción centrípeta con respecto a sus vecinos, y esta acción la ejerce no solamente con su ejemplo de progreso continuo y de liberación del colonialismo, sino con la continua infiltración de sus ciudadanos: y cuanto más alta sea la presión demográfica sobre las fronteras, mayor será la infiltración.

Por otra parte, China posee el Ejército más numeroso del mundo. Probablemente, está formado en estos momentos por más de dos millones y medio de soldados, endurecido por las largas luchas civiles y mundiales, y dirigido y adiestrado por un estratega de primer orden, Mao Tsé-tung. Conviene detenerse un poco sobre este Ejército, sobre las posibilidades chinas en orden a la infantería. Un especialista británico en temas militares describía recientemente el Ejército chino. Está organizado en unos 30 ó 35 Cuerpos de Ejército y cada uno de ellos consta de tres divisiones formadas, según su aplicación, por contingentes de diez a quince mil hombres. Sin necesidad de movilización, China puede poner en pie de guerra 120 divisiones de infantería, seis divisiones blindadas y dos divisiones aéreas, junto a un número no conocido de formaciones de artillería y antiaéreos. Tras

este Ejército regular están las milicias que Mao viene formando desde 1958. El plan prevé la movilización inmediata de unos 120 millones de jóvenes de ambos sexos con preparación militar suficiente como para reforzar el Ejército regular, y 180 millones más con preparación militar rudimentaria. Se cree que en el estado actual de preparación, las milicias pueden movilizar en estos momentos unos 200 millones de combatientes, aunque se duda de que haya armas para todos. En cambio, citando siempre al experto militar británico, las fuerzas navales y aéreas chinas son relativamente escasas. La aviación cuenta con unos cien mil hombres y unos 3.000 aviones: la escasez de combustible hace difícil su adiestramiento. Las fuerzas navales son insignificantes, y el Instituto de Estudios Estratégicos —con sede en Londres— dice que «sirven escasamente para la defensa costera». Como se ve, el Ejército que China debe a su demografía es impresionante en una guerra clásica (India, su mayor enemigo en potencia, tiene un Ejército de 500.000 hombres, y se dice que sus reservas militarmente adiestradas no pasan de 20.000 hombres más.) Muchas veces ha recorrido un escalofrío de horror las columnas vertebrales de

los estrategas de Occidente cuando piensan lo que ocurriría si este Ejército chino tuviera una bomba atómica operacional.

la bomba está lejos

La noticia de la bomba atómica china como factor próximo se ha publicado más de una vez en el mundo. Es una noticia de propaganda, con valor político. Hay muchas entidades interesadas en propagarla. Los primeros, naturalmente, los propios chinos, con el ánimo de hacerse respetar. Los segundos, los chinos de Formosa, los hombres de Chiang Kai-shek, con la intención de forzar a los Estados Unidos a ayudarles en su utópico desembarco en el Continente antes de que sea demasiado tarde. Los terceros, los propios Estados Unidos, que quieren dramatizar las cosas con objeto de aumentar la preocupación soviética por China. Las informaciones más serias dan a entender que los chinos van a poder hacer estallar durante este año una bomba atómica experimental: una bomba que parece muy costosa y no operacional. Se calcula que han de pasar al menos diez años an- **SIGUE**

China puede movilizar a ciento veinte millones de jóvenes de ambos sexos, con preparación militar suficiente para reforzar el ejército que regularmente mantiene en pie, y ciento ochenta millones con preparación rudimentaria. En la fotografía vemos a un grupo de niños ante un barrio de viviendas recién construidas.



CHINA

YA NO HAY CONTROL DE NATALIDAD: MAO PREFIERE APROVECHAR LAS RESERVAS FABULOSAS DEL "HORMIGUERO HUMANO"

tes de que esta máquina de explosiones atómicas se convierta en una verdadera bomba operacional, y que para entonces los progresos militares en la URSS y en Estados Unidos serán infinitamente superiores a lo que consigan los chinos. Más problemática parece la posibilidad de que consigan construir vehículos capaces de colocar dichas bombas a las distancias necesarias: es decir, aviones rápidos de bombardeo y cohetes de media y larga distancia. Con la ayuda de la Unión Soviética, todo esto les hubiese sido fácil. Sin tal ayuda, parece prácticamente imposible.

china, siglo cero

¿Por qué son los chinos «como los franceses, sólo que todo lo contrario»? Simplemente, porque los franceses están viviendo un final de civilización y luchan por restaurarla, mientras que los chinos han roto enteramente con su pasado y luchan por comenzar una era nueva. Naturalmente, no se debe apurar esta comparación, porque ello sería injusto: no se puede prejuzgar si los chinos van a fracasar en su arranque ni si los franceses van a triunfar en su restauración. Trato, simplemente, de explicar la situación tal como es ahora, en este momento. Por otra parte, tampoco se trata aquí de examinar el esfuerzo francés, sino el chino.

China tiene una historia cíclica que está admirablemente resumida por el general francés L.-M. Chassin en su libro «La conquista de China por Mao Tsé-tung» (Payot, París 1963). Durante milenios, dice Chassin, China es un mundo cerrado en el que una dinastía reinante se va degenerando en la corrupción y el caos; unas bandas armadas forman la resistencia, llegan a derrocar a la dinastía y su jefe funda una dinastía nueva. Al principio, esta dinastía es justa y honesta; pero poco a poco va degenerando de nuevo, los descendientes del conquistador del poder se entregan a la corrupción y se forman nuevas bandas de resistencia que derrocan la dinastía, instauran un orden aparentemente justo

y luego vuelven a degenerar... Este ciclo se repite monótonamente hasta el momento en que irrumpe Occidente. El mundo cerrado de China se abre; entra un aire nuevo, un aire distinto. La lucha, la resistencia, se organiza al mismo tiempo contra una dinastía degenerada y contra el invasor extranjero, y se resuelve con el triunfo de Chiang Kai-shek. Esta vez, el ciclo se ha roto: el clásico período de orden y justicia no aparece, sino que la corrupción de Chiang sucede a otra corrupción. «El drama de la revolución de 1927 —escribe el general Chassin— es que, contrariamente a las otras revoluciones chinas de la historia, no se termina por una limpieza general de funcionarios y de señores corrompidos.» Y añade: «Cuando Chiang Kai-shek tomó el poder en 1927, no fue lo suficientemente fuerte para proceder a la limpieza necesaria. Por el contrario, para hacer admitir su autoridad tuvo que tratar con todos los «grandes señores de la guerra», los propietarios feudales de sus provincias. Toda la organización china estaba ya corrompida y podrida desde el tiempo de la dinastía manchú, quedó en su lugar, y el pueblo no gozó de ningún alivio.» De este contexto social se desprende la acción comunista, la «larga marcha» sobre Pekín, el hundimiento de los ejércitos de Chiang y la reacción depuradora de los nuevos vencedores. Estos aparecieron como ascetas. Algunas de las plagas eternas del pueblo chino desaparecieron inmediatamente. Las campañas de los cazadores de moscas y de ratas, la manía higiénica que hizo que durante un tiempo los chinos llevaran una gasa tapándose la boca, como si fuera un pueblo de cirujanos, fue caricaturizada en Occidente, pero la realidad es que devolvió la salud a un pueblo eternamente enfermo. La corrupción administrativa desapareció definitivamente. La reforma agraria se hizo con relativa moderación —aunque quedan grandes terratenientes, pero sometidos a tal presión fiscal que muchos prefieren la pequeña propiedad— y se llegó a un reparto de tierras (aproximadamente un 0,6 de hectárea por persona de la familia) que permitía vivir pobremente a quienes antes morían irremisiblemente de hambre. La lucha por la industrialización no dio los resultados apetecidos; se ha vuelto a una mayor planificación agrícola. En justicia hay que decir que la mayor parte de los progresos técnicos e industriales se debieron a la colaboración soviética: cuando comenzó la lucha ideológica entre Moscú y Pekín, esta ayuda fue desapareciendo. Un número especial de «Pravda», publicado en Moscú en julio pasado, decía que la URSS había realizado en China 198 proyectos industriales completos, pero que durante los últimos cuatro años se había visto forzada a modificar su actitud. En tres años, el comercio entre la URSS y China ha caído en un 67 por ciento y el equipamiento industrial de China por la URSS se ha reducido en la proporción de cuarenta a uno.

la guerra ideológica

Esto nos conduce a un tema primordial en la China de hoy: la disputa ideológica con la URSS. Es naturalmente imposible intentar siquiera una explicación sumaria de un conflicto en el que los alegatos de cada parte forman documentos de 30.000 a 60.000 palabras. Una reducción brutal del problema puede llevar a la conclusión de que la base esencial de la desigualdad es que la URSS ha lanzado la campaña de coexistencia pacífica y ha roto con el pasado stalinista, mientras China considera que esta política es contraria a la ideología marxista-leninista y que

la idea de la lucha de clases debe transferirse a la lucha entre países capitalistas y países comunistas, sin ninguna clase de tregua. «La Historia —dice Mao— no ha visto ni un solo caso de transición pacífica del capitalismo al socialismo. Aquellos que no distinguen entre guerras justas o injustas han caído en la posición del pacifismo burgués. Una guerra debe terminar inevitablemente con la destrucción del imperialismo y el triunfo del socialismo». Krutchev responde: «Una guerra nuclear puede complicar excesivamente la construcción de una nueva sociedad sobre las ruinas que queden después de un conflicto mundial. Después de todo, las aspiraciones de la clase trabajadora no son las de morir espectacularmente, sino construir una vida feliz. Los comunistas no pueden actuar como esos irresponsables emborrachados en su cínico juego con las vidas humanas». Mao escribe: «...no les gustan los chispazos revolucionarios que estallan en las naciones oprimidas; dicen que una simple chispa puede conducir a una guerra mundial. En un análisis final, su posición es ésta: las naciones oprimidas no deben iniciar la lucha por su liberación; los pueblos del mundo no deben combatir contra el imperialismo... El revisionismo es el opio del pueblo. Es una seductora música para consuelo de los esclavos». Y Krutchev responde: «Debemos decir que desde la época del trotskismo no ha habido otra tendencia oportunista capaz de poner en pie un método tan monstruoso para destruir totalmente la verdad. Oculta su esencia capituladora detrás de frases «ultrarevolucionarias», jugando con los sentimientos de las masas. Es extraordinariamente dañino intentar adecuar los procesos revolucionarios a moldes prefabricados, como los dogmáticos intentan hacer. Lejos de adelantar la causa de la revolución mundial, están estrangulándola».

En esta semana, la tensión entre las dos posturas ha crecido después de un largo proceso. La cuestión preocupa prácticamente a todos los ideólogos del mundo, comunistas o no. Un ejemplo de comentario comunista puede ser el del filósofo Georg Lukacs (revista «Forum», Viena, noviembre-diciembre de 1963): «Consideremos —dice— las cartas de los dos comités centrales: inmediatamente nos impresiona un cierto contraste en la que se expresa también, implícitamente, la oposición de fondo. La carta china presenta la hechura formal, cerrada sobre sí misma y pseudo-teórica, del período staliniano. La esencia de la carta soviética es un llamamiento auténtico a las grandes experiencias comunes de nuestro tiempo que conmueven hoy a centenares de millones de hombres». Un ejemplo de no-comunista: Isaac Deutscher («Les Temps Modernes», París, febrero, 1964): «Ningún movimiento político (ni ninguna escuela filosófica), cuando se desarrolla y se extiende, puede evitar la eclosión de las contradicciones que lleva en sí mismo o que son inherentes a su medio, y cuanta más fuerza tiene esa eclosión, más riqueza y vigor tiene el movimiento (...). El movimiento comunista internacional, una vez más, aparece como abiertamente dividido y esto le da una cierta realidad. De nuevo lucha a su manera por conquistar una personalidad y una conciencia, en lugar de ser, como era el caso en la era staliniana, un seudomovimiento o un para-movimiento dotado simplemente de una realidad derivada». Hay opiniones más directas, más ajenas al intelectualismo filosófico. Por ejemplo, un editorial de «Combat» (París, 6 de abril): «El mundo entero está implicado por el conflicto ideológico entre la URSS y China, el mundo entero debe definir



Los dirigentes chinos han advertido que su gran fuerza está en su población. Se atribuye a Mao Tse-tung la idea de que el exceso de habitantes es la única posibilidad del «hormiguero» chino de defenderse de la bomba atómica. Arriba, un grupo de muchachos contempla las carteleras de un cine de Shanghai.

su posición. Sin duda para las naciones no comunistas este conflicto no plantea problemas ideológicos, pero sí los plantea económicos y políticos, que requieren una opción. Más directo aún, un artículo del «New York Times» (6 de abril): «Una ruptura formal entre los dos mundos comunistas puede debilitar incuestionablemente el movimiento comunista y posiblemente dar nuevas oportunidades para la expansión de las potencias occidentales, su poder y su influencia».

En este momento parece que, más que de frases en el aire, se trata de un recuento de fuerzas. Un escrutinio improvisado arroja este resultado: de doce países comunistas, nueve apoyan a la URSS y tres a China (Albania, Corea y Vietnam del Norte); de los ochenta y seis partidos comunistas del mundo, setenta y tres están junto a la URSS, trece junto a China. Se está preparando urgentemente (aunque quizá no se reúna hasta después del verano) un pleno de los partidos comunistas mundiales: hasta ahora, la ventaja es soviética.

Otro terreno de juego: los países subdesarrollados, el «tercer mundo». China trata de convencerlos de que hay un «comunismo de pobres», dirigido por China, y un comunismo «de ricos», dirigido por la URSS. Por lo tanto, los países subdesarrollados, que son pobres, deben elegir

la posición china, o ser eternamente pobres. La disputa se ha planteado violentamente en la conferencia de solidaridad afroasiática. El resultado ha sido más bien decepcionante para los chinos, que han planteado la ruptura, aunque han creado un considerable malestar entre los países africanos. Nunca una conferencia de solidaridad ha desmentido de tal forma su nombre.

Para el conocimiento de China es imprescindible el conocimiento, aunque sea sumario, de esta polémica. Está en juego la base esencial de su política, y de su futuro. No hay que creer que Mao y Chu En-lai —y, aparentemente, el comité central del partido comunista chino— conducen esta política sin oposición interior. Hay grupos importantes que la desaprobaban (en silencio). Mao y Chu son viejos y están enfermos, están gastados por su larga lucha. Krutchev, en cambio, según los últimos informes de los «kremlinólogos», está perfectamente fuerte en el Kremlin. La polémica puede terminar, en efecto, con una ruptura entre los dos mundos comunistas; pero puede terminar también con un cambio de frente chino, ahora o más tarde.

El anecdótico francés sobre China es inagotable. Los periódicos populares se regocijan cuando descubren que China exporta cadáveres hu-

manos congelados para las facultades de medicina (pero no se detienen a considerar que sus exportaciones de telas son las más abundantes y más baratas del mundo), o pelo para muñecas. Se divierten contando las aventuras amorosas en las granjas colectivas, o lamentando que ya no se vean en Hong-Kong los «rikshaws» tirados por «coolies» (los cochecitos de dos ruedas con tracción humana) como aún se ven en Hong-Kong, bajo dominio británico (pero no saben o no dicen que la vida de un «coolie» termina a los veinticinco años). Este anecdótico es la forma francesa de hacer propaganda, y ha dado fe de que China existe, más aún de lo que hayan podido decir libros importantes como el del general Chassin (antes citado), el de Tibor Mende («La Chine et son ombre», Ed. su Seuil, París 1960), el fundamental de Claude Roy («Clés pour la Chine») o el último, el más reciente, el de Edgar Snow («La Chine en marche», París 1963). Pero la existencia de China, el peso de China, es este otro: su influencia decisiva en toda Asia, su trabajo incesante sobre el mundo subdesarrollado, el valor del experimento social que está haciendo, la importancia de su ejército, y la enorme presión política sobre el movimiento comunista mundial, presión que es una clave de nuestro tiempo.

JUAN ALDEBARAN

(Reportaje gráfico CAMERA PRESS-ZARDOYA, RADIAL PRESS y EUROFOTO)